

El nazismo es la especie. Lacan, Adorno, Horkheimer



GIBRÁN LARRAURI OLGUÍN*

Universidad Iberoamericana, Ciudad de México, México

El nazismo es la especie. Lacan, Adorno, Horkheimer

Nazism is the species. Lacan, Adorno, Horkheimer

Le nazisme c'est l'espèce. Lacan, Adorno, Horkheimer

El artículo ofrece un análisis de las causas económicas, políticas, sociales y psicológicas del ascenso de los totalitarismos, tomando como modelo al nazismo. Primeramente, señala que el fascismo alemán no se explica sin relacionarlo con el colonialismo de Occidente hegemónico. En un segundo momento, se explica el fenómeno a través de la decadencia de la autoridad paterna al interior de la familia burguesa y las consecuencias subjetivas que ello acarrea de manera masiva. El texto establece una continuidad teórica entre Adorno, Horkheimer y Lacan. Teniendo a la psicología de las masas de Freud como común basamento, intenta ser una crítica aguda de la dominación capitalista contemporánea.

Palabras clave: teoría crítica, Lacan, psicología de las masas, totalitarismo, capitalismo.

The article offers an analysis of the economic, political, social and psychological causes of the rise of totalitarianism, taking Nazism as a model. First, it points out that German fascism cannot be explained without relating it to the colonialism of the hegemonic West. Secondly, the phenomenon is explained through the decadence of paternal authority within the bourgeois family and the subjective consequences that this entails on a massive scale. The text establishes a theoretical continuity between Adorno, Horkheimer and Lacan. Having Freud's psychology of the masses as a common basis, it attempts to be a sharp critique of contemporary capitalist domination.

Keywords: critical theory, Lacan, mass psychology, totalitarianism, capitalism.

L'article propose une analyse des causes économiques, politiques, sociales et psychologiques de la montée des totalitarismes, le nazisme étant pris comme modèle. Premièrement, il est souligné que le fascisme allemand ne s'explique pas sans le rapporter au colonialisme de l'Occident hégémonique. Dans un second temps, le phénomène s'explique par le déclin de l'autorité parentale au sein de la famille bourgeoise et les conséquences subjectives que cela entraîne massivement. Le texte établit une continuité théorique entre Adorno, Horkheimer et Lacan. La psychologie freudienne des masses étant pris comme base commune, il se veut être une critique acerbe de la domination capitaliste contemporaine.

Mots-clés: théorie critique, Lacan, psychologie des masses, totalitarisme, capitalisme.

CÓMO CITAR: Larrauri Olguín, Gibrán. "El nazismo es la especie. Lacan, Adorno, Horkheimer". *Desde el Jardín de Freud* 21 (2021): 143-160, doi: 10.15446/djf.n21.101232.

* e-mail: gibran.larrauri@gmail.com

© Obra plástica: Lesivo Bestial



1. Hay que entender el *revival* como un proyecto mediático que tiende a revalorizar estilos o épocas pasadas. Hoy por ejemplo eso ocurre con la década de los ochenta del siglo pasado.
2. Theodor W. Adorno, "Aquellos años veinte" (1962), en *Obra Completa 10/2. Crítica de la cultura y sociedad II. Intervenciones y entradas* (Madrid: Akal, 2009), 437.
3. Las otras dos tienen que ver ni más ni menos que con la actriz Dolores del Río, con Maximiliano y con Juárez. Pasajes para otra ocasión.

EL COLONIALISMO EUROPEO: UNA RAZÓN POLÍTICA Y ECONÓMICA DEL NAZISMO

En 1962 Adorno publica en la revista *Merkur* un texto titulado "Aquellos años veinte". Su objetivo era desmitificar la imagen que el aparato de la industria cultural construía de la década previa al triunfo electoral de Hitler en Alemania. Esa imagen, que se difundía sobre todo mediante *revivals* de índole diversa¹, rebotaba de vigor expresivo, glamur y plena vida; supuesta "década dorada" que, sin previo signo, dio paso a las estrellas suásticas. Para Adorno, como es de conjeturarse, esa década más bien estuvo marcada por lo contrario: por una decadencia del espíritu determinada por los conflictos económicos y sociales que afectaban a la sociedad alemana después de la Gran Guerra. En este sentido, esa imagen cultural era y es, para decirlo con Freud, una especie de recuerdo encubridor socializado de los orígenes del nazismo, fetiche cultural conveniente para encubrir la dinámica de los conflictos sociales y para desmentir la agobiante verdad del exterminio.

Más allá de las lecciones que sobre el rescate de la memoria histórica pueda darnos este texto, lo que me interesa subrayar de él es que, al final de su primer párrafo, aparece una analogía que abre todo un campo para aproximarse a la comprensión del análisis de Adorno del nazismo. Es una arista de su trabajo no explorada por sus comentaristas y discípulos más destacados. No es, por cierto, una lectura filosófica o psicoanalítica del fenómeno fascista, la que en efecto ocupó más su reflexión y es por lo que se le identifica en buena medida. Es más bien una lectura en términos económicos y geopolíticos.

La analogía que hace Adorno es esta: "Las dictaduras no le llegaron a la sociedad de la República de Weimar desde fuera, como Cortés entró en México, sino que fueron provocadas por la dinámica social tras la Primera Guerra Mundial y proyectaron su sombra con antelación"². Es notable que Adorno haga este símil entre la conquista de México y la dictadura nazi. Lo menos que puede decirse es que concibe la Conquista como dictadura. Si aceptamos la noción de "colonialidad", podría decirse que de este lado del mundo se ha vivido siempre bajo cierto clima de dictadura. Como sea, esta es una de las tres alusiones que sé que Adorno hizo a México³. Esta escasez en él no

debería de extrañar. La verdad sea dicha: la revisión de su obra muestra que nunca se interesó por las formas del pensamiento y de la expresión en Latinoamérica. Este es un fenómeno remarcable si tomamos en cuenta que vivió desde 1938 y hasta 1949 en EE. UU., los últimos años en California, a un paso de México, de América Latina. No hay mínimo rastro de que durante todos esos años Adorno haya tenido interés alguno, ni siquiera turístico, por cruzar la frontera sur norteamericana⁴. En este desinterés, Adorno es gemelo, más que amigo, de Horkheimer. Este último tampoco tuvo la ocurrencia de ver cómo era la vida en la otra parte del continente americano. De acuerdo con lo que se desprende de su concepción de la resistencia, me parece que ninguno de los dos tuvo esa inclinación al menos por una razón: para dimensionar las verdaderas magnitudes del progreso de la dominación sociopsicológica, tarea esencial del pensamiento crítico, las sociedades que están en estado de dependencia técnica y económica de las potencias occidentales mostrarían la presencia de formas desfasadas de dominación interna, y, por lo tanto, de resistencia. Es decir, y en coherencia con Benjamin: si lo que en verdad progresa son la destrucción y la dominación, estos fenómenos se expresan en sus formas más desarrolladas en las sociedades que más progreso tecnocientífico, industrial y capitalista registran. En función de este razonamiento, que indudablemente hay que someter a crítica, Adorno y Horkheimer fueron francamente indiferentes con esta parte del mundo. En el extremo, lo fueron con todo ese mundo que no es el occidental⁵.

Sin embargo, de manera un tanto inadvertida, en la cita de Adorno, más que mostrarse una cantada analogía entre la conquista de México y el régimen nazi, lo que allí se manifiesta, propongo, es que existe una dialéctica entre la colonización del mundo por una parte de occidente, el llamado “hegemónico”, y el surgimiento en su centro, en pleno siglo xx, del fascismo alemán. Esta conjetura se sostiene de varias afirmaciones que el propio Adorno haría particularmente después de concluida la Segunda Guerra Mundial.

Adorno aseverará en múltiples pasajes de sus escritos, sobre todo desde 1943-1944, que el nazismo fue una consecuencia directa de la engorda material de la que países como Inglaterra y Francia se beneficiaban debido a sus empresas coloniales alrededor del mundo. En “La cultura resucitada” escribió:

La impresión de que Alemania ha dejado de ser el sujeto político que como Estado nacional fue en los últimos 150 años me parece determinante, en un sentido político-antropológico, de la situación en la que aquí se halla el espíritu. Visto desde una más amplia perspectiva histórica, el fascismo alemán fue el intento de “participar” como tal sujeto político, como explotador planetario, en una época en donde las cartas del mundo estaban sobre la mesa.⁶

4. Como lo remite Martin Jay: “En verdad, había una veta provinciana en su modo de ser que afloraba acabadamente en su falta de interés en las formas musicales no occidentales. Hans Mayer, que había conocido a Adorno desde 1934, advirtió en una oportunidad esta cualidad de su personalidad: «Adorno, que yo sepa, nunca realizó un viaje por el simple deseo de ver. Europa le bastaba completamente. Sin China ni India, sin Tercer Mundo, sin democracias populares ni movimiento obrero. Incluso en sus necesidades de experiencia vital, continuó siendo un ciudadano —y soberano— de un pequeño Estado». En *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt* (1973) (Madrid: Taurus, 1974), 306.
5. En esto ambos se hallan lejos de Marcuse, quien, como se sabe, tomó muy en cuenta las posibilidades de resistencia que germinaban en el llamado “Tercer mundo”, particularmente hacia el final de la década de 1960, lo cual determinaría, entre otras cosas, su visita a México en 1966.
6. Theodor W. Adorno, “La cultura resucitada” (1949), en *Obra Completa 20/2. Miscelánea II* (Madrid: Akal, 2014), 484. Las cursivas son mías.

7. Theodor W. Adorno, "Minima moralia. Reflexiones desde la vida dañada" (1944-47), en *Obra Completa* 4 (Madrid: Akal, 2006), 110.
8. Conviene aquí recordar lo que Walter Benjamin dijera en 1928 en su reseña al libro de Marcel Brion sobre Fray Bartolomé de las Casas: "La historia colonial de los pueblos europeos comienza con el atroz acontecimiento de la Conquista, que convirtió a todo el territorio conquistado en una cámara de torturas. El choque entre la soldadesca y las enormes riquezas en oro y plata de América creó un estado emocional hoy difícil de imaginar sin experimentar horror", en "Marcel Brion, Bartolomé de Las Casas, «Padre de los indios»" (1928), *Buchwald*. Disponible en: <https://www.buchwaldeditorial.com/post/walter-benjamin-marcel-brion-bartolome%C3%A9-de-las-casas>.
9. Max Horkheimer, "Enseñanzas del fascismo" (1950), en *Sociedad en transición: estudios de filosofía social* (Barcelona: Ediciones Península, 1976), 134.
10. Theodor W. Adorno, "Lo que el nacionalsocialismo ha hecho con la cultura y las artes" (1945, primera versión), en *Obra Completa* 20/2. *Miscelánea II* (Madrid: Akal, 2014), 435.
11. Adorno, *Minima moralia*, 109.

La posición geográfica de Alemania, su tardía unificación, así como la profunda crisis económica que atravesaba después de la Primera Guerra Mundial, fueron factores determinantes para que esta nación se hallara históricamente "excluida de las posiciones del poder imperialista"⁷. Alemania no podía ser un país "explotador planetario" y en eso radicaba, en buena medida, su europea desgracia económica y social. Desde este punto de vista, resulta lógico que el delirio nazi tuviera por eslogan precisamente la dominación mundial, esa que en efecto practicaban sus vecinos. Esta exclusión de Alemania de las posiciones de mando mundial, que los citados vecinos y otros pudieron conquistar solo mediante una política colonialista que se remonta al siglo XVI⁸, motivó que la "camarilla dominante", el partido nazi, llamara a la guerra como intento desesperado por no quedar en mayor rezago económico y por lo tanto político. A este respecto conviene retomar unas palabras de Horkheimer de 1950:

Como camino de Hitler hacia el poder, la reunión con un grupo de industriales renanos en enero de 1932 constituyó un paso característico. Consiguió convencer a los magnates con quienes conferenció de que, en la situación aduanera dominante y otras restricciones económicas internacionales, el mejor medio para invertir capital alemán disponible consistía en el rearme, y que su puño de hierro acabaría con cualquier réplica que surgiese de las filas de obreros o de otro estrato social. En vista del paro masivo dentro de Alemania y de las limitaciones del mercado extranjero, no parecía rentable un aumento de la producción no militar [...]. Los industriales aprobaron el programa de Hitler. Como en Italia, se hallaban bajo el efecto de grandes colapsos financieros, inquietud social y una actitud relativamente condescendiente del gobierno constitucional.⁹

En este sentido, el nazismo, afirma Adorno, fue producto de "la desesperación final del imperialismo alemán ante las constelaciones efectivas de la política del poder en el mundo"¹⁰. Era una apuesta perdida de antemano; especie, también, de elección forzada e intento de reivindicación de un lugar perdido, en realidad nunca poseído.

La posición alemana en el seno de la competencia imperialista era, en la guerra y en la paz, desesperada tanto en lo tocante a las materias primas disponibles como al potencial industrial [...]. La probabilidad de la empresa nacionalsocialista de compensar mediante un frente del terror y una prioridad temporal la desventaja en el volumen total de la producción, era minúscula.¹¹

Alemania no poseía el fondo material necesario para triunfar en la guerra que alentaba. En adición, dada su lenta globalización, conservaba ciertos rasgos de provincialismo, los que llevaron al nazismo a cierta inexactitud estratégica en relación

con el verdadero volumen bélico y material de sus declarados enemigos, ellos, los “explotadores planetarios”. En función de esto Adorno no dejará de señalar la sensación de derrota anticipada que por momentos se percibía en los ritos nazis. Dice: “A nadie que hubiera asistido en Berlín a los primeros meses del dominio nacionalsocialista en 1933 pudo pasarle inadvertido el momento de mortal tristeza, el abandono semiinconsciente a los aires fatídicos que acompañaban a la embriaguez desatada, a los desfiles de antorchas y al retumbar de los tambores”¹². Doce años después, al reflexionar sobre lo que los nazis habían hecho con la cultura y las artes, escribió:

Es muy probable que la inhumanidad y crueldad del régimen nazi [...] viniera en parte determinado por este profundo sentimiento de inutilidad de toda aventura. La declaración de Hitler, según la cual, si su régimen se derrumbaba, el portazo que daría retumbaría en el mundo entero, es indicativa de algo de mucho mayor alcance de lo que esa declaración parece expresar. Cuando hablamos de la tendencia destructiva de la mentalidad alemana, no la entendemos en un sentido meramente psicológico, sino también político, por el carácter desesperado de toda aquella apuesta.¹³

En suma, ese mismo año de 1945, pero en *Minima moralia*, Adorno será más crudo y sintético: “se impone la idea de que el horror alemán es algo así como una venganza anticipada [...]. En los campos de concentración y las cámaras de gas se negociaba en cierto modo el derrumbe de Alemania”¹⁴.

Sostengo así que el nazismo fue el intento alemán de inscribirse en la explotación mundial moderna emprendida por el Occidente hegemónico, llevando a cabo un movimiento político y social que se aproxima a la idea de un “colonialismo interno”, intraeuropeo¹⁵, que para apuntalarse tenía que buscarse su objeto a despojar y eliminar, objeto de la racionalización que justificaría la implantación en Europa de la “cámara de torturas”¹⁶, esa cámara que otros países europeos ya habían implantado en sus añejos terrenos colonizados. El lugar de ese objeto fue rellenado por la construcción de la imagen del “judío”. La víctima ideal por varias razones. Los judíos, esos otros excluidos, por siempre sospechosos de traición. Desde su exclusión del botín del mundo, los nazis se dirigen a sacrificar a otros excluidos históricamente. En este sentido, los nazis atacan su propia exclusión en la imagen del judío, por cierto, inventores del capitalismo según Horkheimer y Adorno. Parecen tener razón ambos cuando califican de paranoico al régimen nazi: su deseo de conquista universal era proporcional a la dañada imagen que tenían de ellos mismos en el contexto europeo. El pueblo alemán no fue un pueblo elegido por la bendición de la colonización ultramarina, y, sin embargo, pensaba que la supremacía le correspondía. Por su parte, el pueblo judío, en términos religiosos,

12. *Ibíd.*, 108.

13. Adorno, “Lo que el nacionalsocialismo ha hecho con la cultura y las artes”, 435.

14. Adorno, *Minima moralia*, 108.

15. No obstante, hay que guardar las distancias, y señalar que el acto de colonización tiene aspectos específicos que no se observan con la misma consistencia en el expansionismo alemán durante el régimen nacionalsocialista.

16. Benjamin, “Marcel Brion, Bartolomé de Las Casas, «Padre de los indios»”.

17. Que esto haya sido así es explícito en el declarado intento nazi de dominio terráqueo. Pero esto aparece, por así decir, “fundamentado”, en algunos capítulos no tan conocidos del desarrollo del propio nazismo. Por ejemplo, el programa del *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei* (Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán), proclamado por Hitler en enero de 1920 en una cervecería de Múnich, contenía 25 puntos de acción; de entre ellos destaca “la reivindicación de una Gran Alemania” a través de “la expansión territorial de las colonias alemanas”. En esta dirección, Hitler haría lema nazi el título de la novela de Hans Grimm: *Volk ohne Raum* (*Pueblo sin espacio*), novela al parecer muy leída en Alemania durante aquellos años veinte del siglo pasado. El panfleto de Grimm conectaba el desarrollo industrial alemán con su expansión territorial, bajo la teoría de que tal desarrollo dejaría eventualmente sin zonas de “vida libre” a los alemanes. Hitler orientaría tales ideas “para su proyecto imperialista de conquistar territorios en el Este de Europa mediante la anexión colonial”, espacio que le parecía le era propio a Alemania. La política expansionista nazi actuó con esos territorios como si fuese en realidad una expropiación que, al no concretarse “naturalmente”, se vio llevada a usar la fuerza. Por último, el nombre de *Das Dritte Reich*, o sea ‘El Tercer Reich’, apellido del nazismo, fue originalmente el título de otro libro, en este caso de Moeller van den Bruck, publicado en 1923. Este libro, de un autor que fuera miembro destacado de la liga de los Jóvenes Conservadores, tramitaba la idea largamente añorada por

es —no lo olvidemos— el “pueblo elegido”; pueblo apátrida y por lo tanto nómada, entonces: pueblo amenazante del sedentarismo que implica siempre el nacionalismo. El pueblo judío: enemigo-ideal del nazismo.

Propongo, pues, que el monstruoso proyecto nacionalsocialista fue, en medida no desdeñable, un intento de suplencia del colonialismo mundial alemán, históricamente frustrado¹⁷.

LA MODERNA HUMILLACIÓN DEL PADRE: UNA RAZÓN SOCIOPSICOLÓGICA DEL NAZISMO

Como es sabido, Lacan en 1936, después de haber sido interrumpido en Marienbad por Ernst Jones, viajó a Berlín y fue espectador de la celebración de los Juegos Olímpicos. Observar esta “ceremonia nazi”: ¿habrá provocado que Lacan experimentara esa atmósfera de “mortal tristeza”, ese “abandono semiinconsciente a los aires fatídicos” que según Adorno era posible sentir en los mitines hitlerianos? Según Roudinesco, Lacan regresó de Berlín “atormentado”, y esto de por vida¹⁸. Puede ser. No obstante, Lacan mismo publicó parte de su reflexión al respecto en 1945, en un texto que da la apariencia de ser una apología de la psicología de masas británica, pero que en realidad es una crítica, por momentos irónica, de la ingeniería psicológica masiva a la que se conducía el psicoanálisis, particularmente en aquel momento en las democracias anglosajonas. El texto es “La psiquiatría inglesa y la guerra”. Después de hablar de la trascendencia que tiene el concepto freudiano de identificación para la cohesión, dirección y manipulación de los individuos, Lacan escribió:

Se pudo ver, en el momento de las dos victorias fulgurantes del desembarco en Francia y del paso por el Rin, que en paridad en la técnica del material, y con toda la tradición militar del lado del ejército que la había llevado al grado más alto que el mundo haya conocido y que acababa de reforzarla con el apoyo moral de una democratización de

el pueblo ario de la edificación de un “imperio definitivo”, un imperio que concretaría los dos intentos previos: el del Sacro Imperio Romano Germánico y el de la creación del Estado por Bismark. En Wolfgang Benz, *El Tercer Reich. 101 preguntas fundamentales* (Madrid: Alianza editorial, 2015), 19, 27, 22.

Como vemos, los idealizados años veinte fueron años de auge de la literatura xenófoba e imperialista alemana. Esos libros y otros, verdaderos *best sellers*, propagandas para

la canalización de la frustración popular, establecieron una década antes, en el discurso escrito y hablado, lo que devendría acción con la llegada de los treinta, cuando Europa, a través del nazismo, recibiría el retorno del contenido latente del mensaje pulsional-ilustrado que no ha dejado de expandirse por la Tierra desde hace cinco siglos: el genocidio.

18. Élisabeth Roudinesco, *Lacan, frente y contra todo* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2012), 24.

las relaciones jerárquicas, cuyo valor angustiante, como factor de superioridad, había señalado por nosotros cuando regresamos de las Olimpiadas de Berlín en 1936, todo el poder de esta tradición no pesó ni una onza contra las concepciones tácticas y estratégicas superiores, producto de los cálculos de los ingenieros y de los comerciantes.¹⁹

El provincianismo que Adorno le atribuye al régimen nazi sale de nuevo a relucir, esta vez a la manera de Lacan, para quien resulta claro que la debacle nazi se debió a una concepción un tanto anticuada de hacer la guerra, cargada en exagerar la fuerza, el arrojo y el entusiasmo heroico por sobre la exactitud y la frialdad de la proyección numérica. Lacan no dice haberse sentido “atormentado” a su regreso de Berlín, pero es evidente que percibió angustia en la masa nazi. Según él, el propio frente hitleriano, su aparatosa parafernalia y su voz imperativa eran causa inherente de angustia para las mismas masas que pretendía movilizar, lo cual era además acentuado por la supuesta democratización de la jerarquía puesta en marcha por Hitler mismo. Es decir, democratizar el volumen afectivo de la tarea bélica en su generalidad no parece conseguir que la angustia del grupo amengüe y quede absorbida por el líder, lo cual debilita al grupo mismo. Puede ser, entonces, que ese sentimiento de derrota anticipada al que alude Adorno no fuera en el fondo más que el efecto de la angustia que habitaba en la masa nazi y que Lacan señaló.

Que este último haya emitido ese juicio sobre el nazismo está en estrecha relación con los trabajos teóricos que venía desarrollando por entonces, notablemente el del estadio del espejo y el de las derivas de la familia occidental en la modernidad. Podría decirse que Lacan veía en peligro de fragmentación el cuerpo nazi, al estar rebosado de angustia, lo que implicaba la hipótesis de una falla en la identificación con el líder, tópico que a su vez abría la pregunta por las características de la autoridad en las sociedades industrializadas occidentales. Más claro: Lacan trabajaba intensamente por aquellos días en torno al tema de la identificación paterna. Tema-pivote para comprender la estructuración de las psicosis individuales... y de las grupales²⁰.

Los destinos de la *imago* paterna en la modernidad occidental constituyen tal vez el eje que más hace confluir y dialogar las experiencias de Lacan y de la teoría crítica en su versión fundante²¹. Es sabido que Lacan se apoyó, al menos un poco, en el Horkheimer de *Autoridad y familia*, escrito en 1936, para su propio estudio sobre el tema publicado en 1938²². Ambas tradiciones, la lacaniana y la teórico-crítica, nutren sus reflexiones axiales sobre la autoridad moderna con una lectura compartida: la lectura de “Psicología de las masas y análisis del Yo”. Por ese camino confluyen en mostrar el predecible destino al que se dirigen las masas occidentales y occidentalizadas en la era del capitalismo intensivo. Para Lacan, como para los teóricos críticos, los fascismos

19. Jacques Lacan, “La psiquiatría inglesa y la guerra” (1947), en *Otros escritos* (Buenos Aires: Paidós, 2012), 116.

20. Solo anotemos aquí al pasar que para alguien como Nietzsche: “La locura es algo raro en los individuos —pero constituye la regla en grupos, partidos, pueblos, épocas” (*Más allá del Bien y del Mal*).

21. Soy de la opinión de que Habermas es a la teoría crítica lo que Miller a Lacan: la socialdemocratización de sus teorías y convicciones. Contémplese al respecto lo que alguien como Walter Benjamin pensaba de la socialdemocracia.

22. Véase el trabajo de Juan Pablo Lucchelli, “Lacan et l’École de Frankfurt”, *Revue de Mauss* (2016), disponible en: www.journaldumauss.net; y mi trabajo Gibrán Larrauri, “Psicoanálisis y Teoría Crítica. Tiempo, vergüenza, barbarie”, *Litoral* 49.

son cierta deriva lógica de las sociedades contemporáneas, no un mero error de la Historia o un producto exclusivo del “carácter alemán”. Esta tesis tal vez sea obvia cuando se habla de Adorno y Horkheimer; pienso que no lo es tanto cuando se habla de Lacan. En este sentido, propongo que ese destino hacia el que se ven atraídas las sociedades contemporáneas fue descrito en su proceso por él, en realidad de manera muy puntual, hacia el final de su “Proposición” del 9 de octubre de 1967, justo en el pasaje final cuando retoma el Simbólico, el Imaginario y el Real (SIR).

Nótese, de entrada, que en esta “proposición” el ternario es presentado como sir. Que esto haya sido así, en mi lectura, es expresamente para señalar la dinámica a la que cualquier grupalidad tiene tendencia a caer en la era del eclipse de la crítica de lo inconsciente por la solidificación de la identidad colectiva. Es decir, Lacan ahí no solo se remitió explícitamente a los campos de exterminio, momento radicalizado, por así decir, “de concluir”, de esa lógica de las masas modernas, sino que señala los dos pasos previos y necesarios para llegar hasta allí. En cuanto al Simbólico —por allí empieza Lacan—, el dato esencial es la moderna destrucción de la autoridad del padre, lo que se traduce en una fragmentación de la constitución originaria de la familia burguesa y en un proceso masivo de atomización. Este fenómeno, condensado en la aseveración de un “declive de la imago paterna” en las sociedades industrializadas, fue justamente el tema central del estudio de Lacan sobre la familia, 29 años antes de su “Proposición”.

LA FAMILIA, EL CAPITAL Y EL COLECTIVO EN LA MODERNIDAD

En la primera parte de su estudio sobre la familia —la única que aquí retomaré—, Lacan adopta un posicionamiento deliberadamente sociológico para pensarla. Si esto es así, es porque considera que tal fenómeno es uno de preeminencia social antes que psicológica. Lo que él llama “rasgos objetivos de la familia”, tales como “los modos de organización de [la] autoridad familiar, las leyes de su transmisión, los conceptos de la descendencia y del parentesco que le son conexos”, resultan incompletos si no se los historiza de entrada, y se los concibe, entonces, determinados por la generalidad social. La interpretación de esos rasgos objetivos, dice Lacan, “deberá entonces esclarecerse mediante datos comparados de la etnografía, de la historia, del derecho y de la estadística social. Coordinados por el método sociológico”²³. Todavía más conciso:

Es en el orden original de realidad que las relaciones sociales constituyen, donde hay que comprender a la familia humana. Si, para asentar este principio, hemos recurrido a las conclusiones de la sociología, aunque la suma de los hechos con los que ella lo ilustra desborda nuestro tema, es porque el orden de realidad en cuestión es el objeto de esa ciencia.²⁴

23. Jacques Lacan, “Los complejos familiares en la formación del individuo. Ensayo de análisis de una función en psicología” (1938), en *Otros escritos* (Buenos Aires: Paidós, 2012), 34.

24. *Ibíd.*, 37.

En otras palabras, la sociología tiene por objeto de reflexión el por Freud llamado “principio de realidad”. Ese principio de realidad, esa sociedad en la que hay que pensar la familia, es, puntualmente, la sociedad burguesa “en la fase del capitalismo intenso”²⁵. Aquí encontramos otro sensible punto de coincidencia entre Lacan y los autores originales de la teoría crítica. Para ellos, es una evidencia que lo social tiene primacía sobre lo psicológico en la producción del sujeto moderno. Para Horkheimer²⁶ y Adorno, de hecho, en la ampliación de esa preeminencia del aparato social sobre la individualidad están las razones de la reducción de consciencias que trae consigo la modernidad avanzada. En un texto datado en 1965, Adorno afirma que “lo específico de la sociedad” consiste “en la preponderancia de las relaciones [sociales] sobre los seres humanos”²⁷, es decir, en las sociedades hipercapitalistas “el carácter abstracto del valor de cambio confluye, previamente a cualquier estratificación social concreta, con el dominio de lo general sobre lo particular, de la sociedad sobre quienes son sus miembros a la fuerza”²⁸. En función de ese dominio es que la sociedad del capitalismo desarrollado se devela como “mecanismo coercitivo colectivo”²⁹:

Casi todo el mundo puede experimentar en sí que su existencia social a duras penas la determina por propia iniciativa, sino que tiene que buscar huecos, puestos libres, *jobs* que le garanticen la subsistencia sin considerar lo que se le presenta ante sus ojos como su propio destino humano.³⁰

La “imposibilidad económica de manejar la vida con las propias fuerzas”³¹ ocupa el verdadero lugar pandémico moderno que la peste ocupó en otras épocas. Para Adorno, pues, la sociedad capitalista enferma, literalmente, de impotencia.

¿Qué efectos tiene esa presión social económica sobre la producción del sujeto al interior de la familia burguesa? ¿Qué pasa, pues, con la autoridad parental bajo este clima?

Es menester, primeramente, apuntar que preminencia estructural no es equivalente a una mayor importancia teórica. Siendo así, que en los hechos lo social la tenga sobre lo individual, no supone que lo psicológico mismo resulte inferior en su estudio; al contrario, pues es precisamente en lo individual, en lo monádico, en donde se pueden iluminar los cambios sociales generales, inabarcables en estricto sentido. Debido a esto, lo que el psicoanálisis aporta al estudio de la familia contemporánea occidental —mónada de lo social— es la conceptualización de su estructura y su dinámica libidinales, focalizada en explicar cómo es que un cuerpo humano introyecta la ley que limita la pulsión y produce la fuerza del deseo. Para Lacan, pues, Freud es creador de la teoría psicológica de la familia en la era ilustrada, en la medida en que aportó el esclarecimiento de su complejo estructurante: el complejo de Edipo. Este



25. Theodor W. Adorno, “Sociedad” (1965), en *Obra Completa 8. Escritos sociológicos I* (Madrid: Akal, 2004), 9.

26. Ver Horkheimer, “Enseñanzas del fascismo”.

27. Adorno, “Sociedad”, 9.

28. *Ibíd.*, 13.

29. *Ibíd.*, 12.

30. *Ibíd.*, 15.

31. Theodor W. Adorno, “Observaciones sobre política y neurosis” (1954), en *Obra Completa 8. Escritos sociológicos I* (Madrid: Akal, 2004), 410.

32. Lacan, "Los complejos familiares en la formación del individuo", 67.

33. *Ibíd.*, 57.

34. *Ibíd.*, 69.

35. *Ibíd.*, 72.

36. La palabra francesa que Lacan utilizó para referirse a la decadencia del padre es *déclin*. *Déclin* se ha traducido al castellano como 'ocaso', misma palabra que se ha empleado para traducir el título de lo que para mí es el primer libro emanado de la teoría crítica, en específico de

Horkheimer: *Dämmerung*.

Ocaso. Noticias desde Alemania es una reunión de aforismos escritos por Horkheimer entre 1926 y 1931 y publicado en febrero de 1933, un mes después del ascenso de Hitler al poder, fenómeno que en sí mismo fue un ocaso.

El primero de los aforismos se llama precisamente así, "Ocaso", y su contenido se empareja de manera cernida con el de este artículo: "Cuanto más incierta es la suerte de las ideologías necesarias más terribles son los medios con los que hay que defenderlas. El grado de celo y de terror con que son defendidos los ídolos vacilantes muestra hasta qué punto ha avanzado ya el ocaso. El entendimiento de las masas en Europa ha aumentado con la gran industria hasta el punto de que los bienes más sagrados tienen que ser defendidos. Quien los defiende bien ya ha hecho su carrera. ¡Ay de quien dice la verdad con palabras sencillas!: además de la estupidez general y sistemáticamente explotada, con la amenaza de la ruina económica, el desprecio social, la cárcel y la muerte se impide que el entendimiento atente contra los supremos instrumentos conceptuales de dominio. El imperialismo de los grandes Estados europeos no tiene nada que envidiar al Medioevo con sus hogueras; sus símbolos son protegidos con

complejo resulta capital, por cuanto se articula, como decía recién, alrededor de la relación del sujeto con la autoridad y la autonomía.

La función del padre es en el Edipo el elemento catalizador de su dinamismo, lo cual se debe, según Lacan y la historia occidental, "a una determinación social", precisamente "la de la familia paternalista"³², que en términos psicoanalíticos hay que ir a buscar en "Tótem y tabú". Dicha función tiene una doble manifestación psíquica en el hijo: por un lado, el padre asienta la actividad del Superyó, instancia represora de la satisfacción pulsional directa, cicatriz del Edipo y prueba retroactiva de haber pasado por él, según Freud; y, por el otro, el padre se fija como ideal del Yo, al cual en su artículo Lacan le atribuye la capacidad de "sublimar" precisamente el conflicto psíquico que se gesta entre las intenciones del niño y la interposición misma del padre. Es decir, el padre es tanto limitación del goce pulsional, como subsecuentemente imagen de inspiración para en un futuro alcanzarlo. El padre será lo que el niño quiera ser y lo que la niña buscará en otro hombre, esto, por supuesto, en la lógica tradicional de la familia burguesa heterosexual, "paternalista", como dice Lacan. Así, el padre, en la "culminación de la crisis edípica"³³, es tanto fuente de agresividad como elemento para la identificación en el caso del niño, y objeto de elección para la niña. No es ningún secreto que la mayoría de los humanos nacidos en el siglo xx en las grandes urbes han sido modelados bajo ese estándar.

Evidentemente, para que la lógica de la prohibición y el deseo descrita se sostenga es menester que el padre represente autoridad. Al menos es necesario que se crea que la tiene. Es justo aquí donde Lacan confirmará algo que ya había aparecido en *Autoridad y familia* de Horkheimer, y esto es que la función del padre vive en la modernidad un "secreto derrocamiento de su preponderancia social"³⁴. Lacan asevera que "un gran número de efectos psicológicos nos parecen derivarse de un declive social de la imago paterna", efectos que configuran "la gran neurosis contemporánea". El veredicto lacaniano en torno al porvenir de la personalidad del padre en la modernidad tardía es por lo tanto lapidario: "[...] siempre carente de algún modo, ausente, humillada, dividida o postiza. Esta carencia es lo que, en conformidad con nuestra concepción del Edipo, agota el impulso instintivo y tara la dialéctica de las sublimaciones"³⁵.

El moderno ocaso³⁶ del padre está "condicionado", según Lacan, "por el retorno sobre el individuo de efectos extremos del progreso social, ocaso que se advierte

guardias mejor dotados que los santos de la Iglesia medieval. Los enemigos de la Inquisición convirtieron aquel ocaso en el alba de un nuevo día; el ocaso del capitalismo no anuncia

necesariamente la noche de la humanidad, que hoy parece amenazarla", en Max Horkheimer, *Ocaso* (1933) (Barcelona: Anthropos, 1986), 19.

sobre todo en nuestros días en las colectividades que más padecen estas derivaciones: concentración económica, catástrofes políticas”. Entonces, y en clara alusión a Hitler, pregunta: “¿Acaso no ha formulado este hecho el jefe de un Estado totalitario como argumento contra la educación tradicional?”³⁷. En suma, en las “formas disminuidas” de la imagen paterna se observa en los sujetos un desvío de “la energía de sublimación de su dirección creadora”, lo cual favorece “su reclusión en algún ideal de integridad narcisista”³⁸. Resulta claro en Lacan que la razón fundamental del deterioro de la *imago* del padre hay que buscarla en el progreso social, es decir, en los “efectos extremos” del avance industrial, y la competencia económica mundial, en la aceleración de la proletarización y de la precarización de las masas. Conviene citar aquí de nuevo en extenso a Horkheimer:

El análisis social representa un correctivo necesario del psicologismo que yo quisiera explicar en la relación paternal, de tan capital importancia para la teoría freudiana. Debemos empezar por el hecho básico social e histórico de que la clase media victoriana, cuyos hijos (por muy ambivalentes que pudieran haber sido) tenían realmente motivos y ocasión para identificarse con el padre como cabeza responsable de la familia, hace ya tiempo que ha desaparecido [...]. Las actuales circunstancias económicas no producen ningún modelo de comportamiento en el cual el hijo pueda ver al padre como al que gana el pan, cuyas huellas deba seguir, cuyo negocio deba heredar un día, cuyos principios él haya de aceptar paulatinamente, en un largo proceso de maduración, como parte integrante de su propia consciencia. La clase media se ha convertido en una clase de empleados.³⁹

La autoridad del padre es desplazada por el autoritarismo de la adaptación socioeconómica. El padre no manda más, sino el mercado, el dinero. De esto se colige que la familia, en opinión de Adorno, “ya no garantiza plenamente la subsistencia ni protege suficientemente al individuo de un mundo circundante cada vez más prepotente y espeso”⁴⁰. La función de límite representada por el padre sucumbe ante la realidad social. Ella es la verdadera inventora “de la soledad del padre” occidental, para decirlo con Paul Auster⁴¹.

Entonces, y en cierto contrapeso de una consigna contemporánea, dado el recorrido hasta aquí, habría que decir que la función paterna, fundamentada, en el sentido psicoanalítico del término, en la castración simbólica, más que aliarse o extenderse, fue destruida por el capitalismo, fundamentado precisamente en lo contrario: en la liberación paulatina de la pulsión y en el minucioso preparado de cosificación de las consciencias. El patriarcado, desde el punto de vista de su eficacia para promover la singularidad, en realidad ya se cayó hace unas cuantas décadas atrás. Este fenómeno,

37. Lacan, “Los complejos familiares en la formación del individuo”, 71.

38. *Ibíd.*, 66.

39. Horkheimer, “Enseñanzas del fascismo”, 130-131.

40. Theodor W. Adorno, “El problema de la familia” (1955), en *Obra Completa 20/1. Miscelánea I* (MADRID: AKAL, 2010), 306.

41. Cfr. Paul Auster, *La invención de la soledad* (Barcelona: Anagrama, 2011).

sin embargo, no ha dado paso hasta ahora a una organización social menos punitiva, sino que ha generado a gran escala la constitución de sociedades habitadas cada vez más por sujetos que hay que llamar protofascistas, hombres y mujeres, que se parecen cada vez más a las cosas y que como tales se tratan mutuamente, humanos frustrados y desilusionados al por mayor, que son muy poco amados porque aman muy poco. Angustiados y sin amor podría ser la descripción general de los individuos urbanizados producto de la pulverización del amor a los padres.

Si esto es lo que caracteriza al individuo contemporáneo occidental es porque no hay que olvidar que, como Lacan mismo subraya, la debilidad de la *imago* del padre, literalmente empobrecida por la plusvalía, impide que el sujeto realice la confrontación que debería perder ante la ley que representa el padre mismo, para acceder así al movimiento metonímico de su deseo, camino para su posible autonomía. Esto es lo que Lacan quiere decir cuando afirma que la humillación social del padre decanta en “tara de las sublimaciones”. Ese atrofiamiento impide el cultivo de la fuerza espiritual del sujeto: las posibilidades de su rebeldía y las materias para su ímpetu creador. Es fundamental recordar aquí que esa imposibilidad de sublimación implica que la energía pulsional, al no poder redireccionarse, ya que lo que la forzaría a ello —la función paterna— no funciona más, se recluya “en algún ideal de integridad narcisista”. El sujeto que no se las tuvo que ver con la autoridad del padre ve disminuida su energía de confrontación; quien no peleó con la autoridad parental, por lo general, se destina a no poder tener creencia en sí mismo, cae en una especie de ausencia de pasión existencial que lo destina a no tener dignidad ni resistencia. Esto, más la acumulación de frustración social e individual en ascenso y sin posibilidades de tramitación en la realidad, genera que el sujeto sea presa fácil de la manipulación social-mediática y sus figuras de autoridad y reivindicación. Horkheimer afirma:

En este marco socioeconómico, el padre va siendo cada vez más sustituido por colectividades tales como el club deportivo de los hijos, el círculo y entidades semejantes [...]. Sabemos que el padre real con frecuencia es sustituido psicológicamente por muchas otras figuras. Sabemos, además, que los cambios efectuados en la sociedad no eliminan de modo alguno todas las imágenes de autoridad, las cuales, en última instancia, se derivan del esquema de la relación padre-hijo. Sin embargo, es esencial el hecho de que estos esquemas autoritarios hoy parecen consistir mucho más en colectividades poderosas que en una individualidad superior, como la que aparecía en la tradicional relación [...]. El hijo más bien se identifica con grupos que ejercen la autoridad mediante la superioridad numérica que con una sola persona de contorno bien delimitado [...]. Lo que sufre menoscabo no es tanto la fe en la autoridad *per se*, la cual, en cierto sentido, es hoy más fuerte de lo que solía ser.⁴²

42. Horkheimer, “Enseñanzas del fascismo”, 131-132.

Correlativamente a la ausencia de influencia parental se va fortaleciendo la influencia social, y, si lo social está determinado por el capitalismo, puede decirse que ahora el padre real es el capitalismo. Este padre es un padre perverso en la medida en que promueve en cada uno el esclavismo al goce de la angustia, el resentimiento y la adición. Es un padre real perverso al promover el odio, la separación, la competencia y la frialdad. No hay que olvidar que para Lacan el capitalismo, discurso antidiscursivo, rechaza la castración, y por lo tanto las cosas del amor. Semejante opinión tuvo Horkheimer cuando afirmó que “el mundo administrado no conoce el amor”⁴³. En la contemporaneidad, en términos mayoritarios, los sujetos son preformados y se ven obligados a conducirse en función de las dinámicas y necesidades del mercado. La ciudad se convierte en una fábrica inmensa de trabajos forzados. Esta “crisis psicológica”, como la llama Lacan, o “crisis del individuo”, como la llama Adorno, ejerce, en síntesis, un movimiento masivo sobre los sujetos: “la sustitución de su autonomía por su adaptación a la colectividad”⁴⁴. En este sentido, Adorno, en su propio estudio sobre la familia, insistirá en que es un error culpar del “nacionalsocialismo a la estructura patriarcal de la familia alemana”, pues explica:

Hitler ya no pudo conectar con ninguna tradición firmemente arraigada de autoridad familiar [recuérdese al padre de Schreber] [...]. Considerado desde las categorías de una psicología social de la familia, el Tercer Reich constituyó un sucedáneo exagerado de una autoridad familiar que ya no existía más que todo lo que a esta se asocia. Si la teoría que Freud expone en “Psicología de las masas y análisis del Yo”, según la cual la imagen del padre puede trasladarse a los grupos secundarios y sus jefes, es acertada, el Reich hitleriano ofrece el modelo de esta extensión; la violencia de la autoridad, así como la necesidad de la misma, se introdujeron precisamente porque estaban ausentes en la Alemania de la República de Weimar. Hitler y la dictadura moderna son en realidad, para utilizar el término del psicoanalista Paul Federn, el producto de una “sociedad sin padre”. Queda por saber hasta qué punto la extensión de la autoridad paterna a la colectividad cambia la estructura interna de la autoridad; hasta qué punto esta representa aún al padre, y no a lo que Orwell llamó Gran Hermano.⁴⁵

Antes había dicho que el nacionalsocialismo es una suplencia del colonialismo alemán frustrado; a partir de lo recién citado, puedo agregar, entonces, que además fue una suplencia de la decadente autoridad parental al interior de la familia alemana. Esto le suma consistencia a concebir el fascismo alemán como “dictadura de los afectados de manía persecutoria”⁴⁶.

En términos más o menos generales, la familia moderna, en la medida en que “carece de la fuerza persuasiva interior capaz de hacer que los hijos se identifiquen

43. Cfr. Max Horkheimer, “El mundo administrado no conoce el amor. Conversación con Janko Musulin” (1970), en *Anhelo de justicia. Teoría Crítica y religión* (Madrid: Trotta, 2000), 203-207.

44. Adorno, “El problema de la familia”, 306.

45. *Ibíd.*, 308-309.

46. Adorno, *Minima moralia*, 170.

con las figuras de sus padres”, provoca que aquellos se encuentren a merced de la persuasión de los modelos exteriores de existencia que promueve y que provoca la sociedad capitalista. Esta “sustitución del narcisismo individual”, que sería efecto de la identificación con los padres, “por la identificación con las imágenes del líder”, constituye para Adorno “la apropiación por parte de los opresores de la psicología de la masa”⁴⁷, apropiación de la cual el verdadero precursor fue en realidad antes del nazismo Edward Bernays⁴⁸, sobrino por doble partida de Freud. En este tenor, Adorno piensa, tanto como yo afirmo que Lacan lo hace en su “Proposición” de octubre, que el texto freudiano sobre las masas no es solo un texto donde se reflexiona la dinámica particular del Ejército y la Iglesia, sino más bien, y más radical, es un ensayo donde Freud explicó el funcionamiento *general* al que se dirigen las sociedades occidentales y “occidentalizadas” en la modernidad, incluidas por supuesto las sociedades psicoanalíticas, preocupación central del propio Lacan y razón de ser de su Escuela. Dice Adorno:

Puede no haber sido casual que después de la Primera Guerra Mundial Freud dirigiese su atención al narcisismo y a problemas del ego en su sentido específico [...]. Según Freud, el problema de la psicología de masas está estrechamente relacionado con el nuevo tipo de dolencia psicológica tan característica de la era, que por razones socioeconómicas testimonia del declive de lo individual y su subsiguiente debilidad. Si bien Freud no se ocupó él mismo de los cambios sociales, puede decirse que desarrolló, dentro de los confines monadológicos del individuo, las líneas de su profunda crisis y disposición a someterse dócilmente a poderosas instituciones exteriores.⁴⁹

Asistimos a la sustitución de la autonomía por la “identificación con la autoridad colectiva, que es tan irracional como Freud la describió, heterónoma, rígidamente opresiva, en gran medida al propio pensamiento del individuo y, por consiguiente, fácilmente intercambiable a pesar de su rigidez estructural”⁵⁰. La identificación con el líder se da, casi por regla, bajo la promesa de que sumándose a su ideología se podrá acabar con las frustraciones que lo social mismo inflige. El dominado en la masa fascista obtiene entonces la atención de un padre/líder agigantado y, además, se hace de la ocasión para sentirse dominante, se le compensa imaginariamente por las mutilaciones reales. Es el atomizado, *a priori*, para el esclavo que se cree amo.

47. Theodor W. Adorno, “La teoría freudiana y el modelo de la propaganda fascista” (1951), en *Obra Completa 8. Escritos sociológicos I* (Madrid: Akal, 2004), 403.

48. Cfr. Edward Bernays, *Propaganda* (1927) (Santa Cruz de Tenerife: Melusina, 2010).

49. Adorno, “La teoría freudiana y el modelo de la propaganda fascista”, 383.

50. *Ibíd.*, 388.

LOS CAMPOS DE EXTERMINIO EN LA “PROPOSICIÓN” DE OCTUBRE

Si Lacan retomó el asunto de los campos de exterminio en su “Proposición” de octubre fue para señalar que en la actualidad ninguna colectividad, ningún discurso, está exento de volverse una fuerza represora masiva, una masa revanchista y arribista,

pues los sujetos que las nutren viven sin interioridad espiritual y bajo un bombardeo de identificaciones sociales que los hacen proclives a entregarse al colectivo. La decadencia del complejo de Edipo es la puerta de entrada, en lo social occidental, de los fascismos, de sus derivados y variaciones. Si tiene interés el análisis contemporáneo del nacionalsocialismo alemán, es porque la situación de crisis social y económica de aquella Alemania que lo produjo, paulatinamente, conforme el capitalismo pasó de su fase industrial a su fase de devastación, se está convirtiendo en la situación de cada sociedad, si bien con variables intensidades. El capitalismo no está en crisis, más bien se sostiene poniendo en crisis. Las exigencias del capital se han agudizado, los mercados se estrechan, lo que aumenta el grado de explotación de las mayorías y, con él, el volumen de su frustración, de su bancarrota afectiva. De esta impotencia real a caer presa de imágenes pseudomesiánicas de grandeza redentora solo hay un paso.

En su “Proposición” Lacan no solo aludió al fascismo cuando habló de la facticidad “demasiado real” del campo de exterminio; también lo hizo cuando al hablar del Simbólico alude a la decadencia del Edipo y de la familia en la sociedad moderna occidental, componente primario de la psicología de las masas. Acto seguido, Lacan habló del Imaginario, habló de las sociedades psicoanalíticas, de Freud, de la Iglesia y del Ejército, de los grandes grupos jerárquicos que es a donde precisamente van a parar los no autónomos. Esto para aludir a la Internacional Psicoanalítica en particular, la cual, en efecto, se había ya convertido para ese entonces en Iglesia, con sus propias formas de segregación e intolerancia, de las que Lacan mismo fue depositario. Así, en la “Proposición” de octubre el Simbólico y el Imaginario expresan en Lacan lo siguiente, de la mano de Freud, pero a través de Adorno: “que la formación de la masa tiene como presupuesto la atomización y alienación de los seres humanos”⁵¹. A estas masas contemporáneas habría que entenderlas con Horkheimer, como algo que derivan inexorablemente en “fanatismo colectivo”, lo que no es más que “barbarie manipulada”⁵².

Por último, en la “Proposición” vino la alusión al Real. Y aquí ese Real será el campo de concentración y de exterminio, ese hoyo negro que modula la necropolítica contemporánea occidental, ese difícil (¿imposible?) de simbolizar del que la humanidad moderna parece no poder salir. Tomemos en cuenta que Lacan mismo fue de la opinión de que vivimos en la era del “campo de concentración generalizado”⁵³. Si esto es así, todo mundo está en riesgo de ser segregado y prescindible, exterminado. En la modernidad todos somos proletarios, decía también Lacan. No todos estamos encerrados en campos en alguna frontera, por ejemplo, pero sí lo estamos en la conexión social generalizada del liberalismo monetario. Somos capitalistas, aunque no lo queramos, aunque lo combatamos. Pasolini tenía razón cuando afirmaba que hoy



51. Adorno, “Observaciones sobre política y neurosis”, 407.

52. Max Horkheimer, “La filosofía de Kant y la ilustración (fragmento)” (1962), en *Anhelo de justicia. Teoría Crítica y religión* (Madrid: Trotta, 2000), 73.

53. Jacques Lacan, “*Libres opinions d’une réforme dans son trou*” (1969), en *Pas-tout Lacan*, PDF, 1205.

todos estamos en peligro. Y el peligro de más efectividad al que estamos expuestos es a adaptarnos a lo dado. Adaptarse a las leyes de la sociedad capitalista. Adaptarse a ellas significa colaborar con ella.

Hoy en día el psicoanálisis, al menos así pasa en México, se reduce cada vez más a la lógica de la mercancía: germinación de proyectos analíticos de masas, grandes y pequeños, en búsqueda de hegemonía; proyectos animados por sabios y carismáticos líderes-analistas que pretenden determinar el mercado de ese saber. Estos fenómenos representan la integración del psicoanálisis al circo de la industria cultural, su reducción a objeto de consumo o de ocasión para sacar provecho de la soledad de las mayorías. En este sentido, en la Escuela de Lacan, lxs analistas que la conformaban y lxs que querían hacerlo, lxs que nada más querían estar allí, no podían no estar al tanto de que el nazismo es la especie y la sociedad moderna es el género; de que no hay colectividad en la modernidad que esté salvaguardada de caer en imperativos de fidelidad a ideas rectoras persuasivas o al líder que derivan en fanatismos, en sectarismos, en sacrificios del otro y de lo Otro no ajustado al grupo. La cuestión actual no es tanto si Auschwitz te importa, sino que tú eres potencial parte de sus versiones globales entretenidas y liberales, sabias y vanguardistas.

Cito por primera y única vez al Lacan de la “Proposición”. Un pasaje de esta que me parece condensa lo que he querido decir recién:

La tercera facticidad, real, demasiado real, suficientemente real como para que lo real sea más mojigato en promoverlo que la lengua, es lo que hace hablable el término de campo de concentración, sobre el cual nos parece que nuestros pensadores, al vagar del humanismo al terror, no se concentraron lo suficiente.

Abreviemos diciendo que lo que vino a emerger, para nuestro horror, representa la reacción de precursores en relación con lo que se irá desarrollando como consecuencia del reordenamiento de las agrupaciones sociales por la ciencia y, especialmente, de la universalización que esta introduce en ellas.

Nuestro porvenir de mercados comunes encontrará su contrapeso en la expansión cada vez más dura de los procesos de segregación.

¿Habría que atribuirle a Freud, considerando que estuvo introducido desde su origen en el modelo secular de este proceso, haber querido asegurar en su grupo el privilegio de la flotabilidad universal con que se benefician las dos instituciones antes nombradas? No es pensable.

Cualquiera que sea el caso, este recurso no le facilita al deseo del psicoanalista el situarse en esta coyuntura.⁵⁴

54. Jacques Lacan, “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela” (1967), en *Otros escritos* (Buenos Aires: Paidós, 2012), 276.

Lacan apela al “horror” para referirse a los nazis, “precursores”, lo subrayo, de lo que veremos repetirse dada la inercia del mundo. Tal vez entonces Roudinesco tenía razón: Lacan regresó “atormentado” de Berlín. ¿Me pregunto, por lo demás, quiénes fueron para Lacan esxs “pensadorxs” que evadieron, despacharon o instrumentalizaron el problema de la Shoa a través de una posición piadosa, escandalizada o utilitaria? ¿Quiénes son ellxs ahora?...

PÁRRAFO FINAL

Quisiera para concluir señalar otra cercanía, y a la vez un punto de posible debate, entre Lacan y Adorno al referirse al campo de exterminio. Para Lacan, recién se lo leía, el campo de exterminio es “hablable”. Me pregunto: ¿es por eso representable?, ¿incluso descriptible?, o, es más, ¿en realidad eso es hablable? ¿Se puede hablar del horror, del horror contemporáneo?

Estas preguntas nacen de un par de ideas de Adorno, extraídas de su *Mínima moralía*. Primera afirmación: “Pero la irrepresentabilidad del fascismo radica en que en él hay poca libertad del sujeto como en su observación. La absoluta falta de libertad puede conocerse, pero no representarse”⁵⁵. Segunda afirmación corta y contundente: “La psicología no alcanza el horror”⁵⁶. Solo digo, para quien no lo sabe, que para Adorno solo hay una psicología: la de Freud. Del horror tenemos muchas figuras actualmente en este país y en el mundo. La brutalidad en la que estamos sumergidos, en dosis más o menos administradas, “este lento holocausto al que la sociedad del conocimiento somete a cualquier vida”⁵⁷ y a lo no vivo: ¿lo reconocemos como nuestro real, todavía...? Para nosotrxs latinoamericanxs y practicantes del psicoanálisis, en tiempos en los que la humanidad ha pasado de ser “ciudadana”, que ya era decir, a “consumidora enclaustrada”, humanidad destinada al *coworking* bajo el Estado de excepción generalizado; en épocas de Bolsonaro, Piñera, Trump, coronavirus, etc., etc., etc. Me parece que no es ocioso reconsiderarlo, y cuestionar nuevamente la práctica psicoanalítica desde cierta iluminación sociológica, como me parece que Lacan nunca dejó de hacerlo. Comenzar por una crítica renovada del falocentrismo, y en no pocas ocasiones del falocratismo, que ha distinguido a esa práctica y que deriva en fanatismos doctrinarios acrílicos, es algo que se impone por sí mismo.

55. Adorno, *Minima moralía*, 150.

56. *Ibíd.*, 170.

57. Frase de Ignacio Castro Rey, tomada de la solapa de su libro *Lluvia oblicua* (Valencia: Pre-Textos, 2019).

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, THEODOR. *Minima moralia. Reflexiones desde la vida dañada* (1944-47). En *Obra Completa 4*. Madrid: Akal, 2006.
- ADORNO, THEODOR. "Lo que el nacionalsocialismo ha hecho con la cultura y las artes" (1945, primera versión). En *Obra Completa 20/2. Miscelánea II*. Madrid: Akal, 2014.
- ADORNO, THEODOR. "La cultura resucitada" (1949). En *Obra Completa 20/2. Miscelánea II*. Madrid: Akal, 2014.
- ADORNO, THEODOR. "La teoría freudiana y el modelo de la propaganda fascista" (1951). En *Obra Completa 8. Escritos sociológicos I*. Madrid: Akal, 2004.
- ADORNO, THEODOR. "Observaciones sobre política y neurosis" (1954). En *Obra Completa 8. Escritos sociológicos I*. Madrid: Akal, 2004.
- ADORNO, THEODOR. "El problema de la familia" (1955). En *Obra Completa 20/1. Miscelánea I*. Madrid: Akal, 2010.
- ADORNO, THEODOR. "Aquellos años veinte" (1962). En *Obra Completa 10/2. Crítica de la cultura y sociedad II. Intervenciones y entradas*. Madrid: Akal, 2009.
- ADORNO, THEODOR. "Sociedad" (1965). En *Obra Completa 8. Escritos sociológicos I*. Madrid: Akal, 2004.
- AUSTER, PAUL. *La invención de la soledad*. Barcelona: Anagrama, 2011.
- BENJAMIN, WALTER. "Marcel Brion, Bartolomé de Las Casas, 'Padre de los indios'" (1928). En *Buchwald*. Disponible en: <https://www.buchwaldeditorial.com/post/walter-benjamin-marcel-brion-bartolom%C3%A9-de-las-casas>.
- BENZ, WOLFGANG. *El Tercer Reich. 101 preguntas fundamentales*. Madrid: Alianza editorial, 2015.
- BERNAYS, EDWARD. *Propaganda* (1927). Santa Cruz de Tenerife: Melusina, 2010.
- CASTRO REY, IGNACIO. *Lluvia oblicua* (2019). Valencia: Pre-Textos, 2019.
- HORKHEIMER, MAX. *Ocaso* (1933). Barcelona: Anthropos, 1986.
- HORKHEIMER, MAX. "Enseñanzas del fascismo" (1950). En *Sociedad en transición: estudios de filosofía social*. Barcelona: Ediciones Península, 1976.
- HORKHEIMER, MAX. "La filosofía de Kant y la ilustración (fragmento)" (1962). En *Anhelo de justicia. Teoría Crítica y religión*. Madrid: Trotta, 2000.
- HORKHEIMER, MAX. "El mundo administrado no conoce el amor. Conversación con Janko Musulin" (1970). En *Anhelo de justicia. Teoría Crítica y religión*. Madrid: Trotta, 2000.
- JAY, MARTIN. *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt* (1973). Madrid: Taurus, 1974.
- LACAN, JACQUES. "Los complejos familiares en la formación del individuo. Ensayo de análisis de una función en psicología" (1938). En *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós, 2012.
- LACAN, JACQUES. "La psiquiatría inglesa y la guerra" (1947). En *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós, 2012.
- LACAN, JACQUES. "Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela" (1967). En *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós, 2012.
- LACAN, JACQUES. "Libres opinions d'une reforme dans son trou" (1969). *Pas-tout Lacan*. pdf.
- ROUDINESCO, ÉLISABETH. *Lacan, frente y contra todo* (2011). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2012.

